

CUADERNO ÁTICO

r e v i s t a d e p o e s í a



E. Muntz

Número 8

Primavera / verano de 2017

CUADERNO ÁTICO

CUADERNO ÁTICO

r e v i s t a d e p o e s í a

Número 8 | Primavera / verano de 2017

Cuaderno Ático, 8

Dirección y edición: Juan Manuel Macías

Colaboradores:

Martín López-Vega, Cecilia Quílez, Begoña Callejón, Athiná Stylianí Michou, José María Jurado García-Posada, Agustín María García López, Esther Muntañola, Rafael Escobar Sánchez, Vito Domínguez Calvo, Salvador Negro, Aitor Francos, Miguel Ángel Berrocal, Eduardo Moga, Tina Suárez Rojas, Marta Agudo, Evelyn de Lezcano, Kepa Murua, Francisco Javier Irazoki, Carmen González Vázquez

Ilustración de la portada: *Mujer sentada con caja*, de Esther Muntañola

Diseño y maquetación: Juan Manuel Macías | www.jmmtipografia.com

© De los textos y traducciones, sus autores.

© De las ilustraciones *Mujer sentada con caja* y *Desnudo azul*, Esther Muntañola.

© Cuaderno Ático 2017

<http://revistacuadernoatico.com>

cuaderno.atico.poesia@gmail.com

Revista editada en Madrid

ISSN: 2340-2652

CONTENIDO

MARTÍN LÓPEZ-VEGA	11
CECILIA QUÍLEZ	15
BEGOÑA CALLEJÓN ATHINÁ STYLIANÍ MICHOU	19
JOSÉ MARÍA JURADO GARCÍA-POSADA	27
AGUSTÍN MARÍA GARCÍA LÓPEZ	29
ESTHER MUNTAÑOLA	31
RAFAEL ESCOBAR SÁNCHEZ.	33
ATHINÁ STYLIANÍ MICHOU.	37
VITO DOMÍNGUEZ CALVO	41
SALVADOR NEGRO	43
AITOR FRANCOS	49
MIGUEL ÁNGEL BERROCAL	53
 BIBLIOTECA	 59
EDUARDO MOGA.	61
TINA SUÁREZ ROJAS	67
MARTA AGUDO	75
EVELYN DE LEZCANO	79
KEPA MURUA	83
FRANCISCO JAVIER IRAZOKI.	87
 TEXTOS GANADORES EN EL CONCURSO DE MICRORELATOS DE LA UAM (2017)	 91

Martín López-Vega

PARTE METEOROLÓGICO PARA ARCADIA Y ALREDEDORES

Cuando entro por primera vez en un café
en una ciudad nueva
pienso que algún gesto me delatará como forastero
y todos me señalarán —«No es de aquí» —«Qué ha venido
a hacer» —«¿Quién es ese hombre?». Soy siempre
el que no es de aquí,
el hijo imposible de prodigar
pues se le borraron los caminos de vuelta.
Pero si pido un café sin demasiada torpeza en el idioma
la claqueta puede dar paso a la siguiente toma.

Plano general. Al otro lado de los cristales
un hombre igual a mí
se encontró con un hombre igual a mi padre.
Tenían pese a todo la misma edad.
Naturalmente ni uno era mi padre
ni el otro era yo.
Tampoco mi padre y yo somos ya ni mi padre ni yo.

Plano medio. Se saludaron afectuosamente.
El que era mi padre me preguntó, un poco brusco:
«¿Por qué no has querido tener hijos?».
(Contrapicada: sentado en sus rodillas
conduzco el coche
entre campos de maíz).
No supe qué contestar, aunque sabía la respuesta
y creo que él también.
Pensé en los hijos de mis ex
que me miran como si supieran algo
que no se atreven a decirme.
Pensé en el hermano que no nació
en Londres, mientras nosotros (toma de grúa)

íbamos al zoológico, al Big Ben,
y mi madre estaba sola en la clínica.
Pensé más en la soledad de mi madre
que en mi hermano o hermana nonato.

Esos hermanos viven con mis hijos
en el libro de las profecías que no se cumplieron
mientras yo como penitencia
paso de una vida a otra,
de un amor a otro,
de un país a otro
obligado a vivir además de mi vida
todas las que ellos no tuvieron,
con la tristeza de todos ellos,
casi todas sus alegrías
y una sola sístole, una sola diástole
para contenerlos a todos.

EN CORRIENTE

El miedo de las abuelas a las corrientes,
siempre atentas a cerrar puertas y ventanas,
no te pongas ahí, cierra allí, estate quieto.
En la cama del hospital, dormida,
mi abuela espantaba con un gesto
moscas que no había, llamaba a su madre,
madre, madre, estoy en corriente, pensaría,
o gritaba porque Escandia había vuelto
a empapar el carbón para engañarla con el peso.
Agua a precio de carbón: si él hubiera sabido
qué cruel caricatura era del futuro del hombre...
Tan lejano el tiempo en el que la cocción
se medía en oraciones (los percebes, un padrenuestro)
escribo poemas como arcas de Noé
en las que alojar una pareja de cada especie
de felicidad, de dolor, de consuelo.
La abuela del mundo
acaba su taza de achicoria,
se pone su redecilla en el pelo
y se va a dormir.
Y yo no sé cómo explicarle
que el único lugar que sé mío
es en corriente.

Cecilia Quílez

Despierto en la amnesia
La puerta abierta El café ardiendo
Los perros aguantando el hambre
Más perros con hambre
Más casas abiertas
La cama se plancha sola
Estirar el embozo es labor de cálculo
En esta comunidad los vecinos se saludan
Buenos días
Buenas digo
Cualquiera podría ser poeta
Con su cama y noche almidonada
Su café Su té verde con pastitas
Todos a punto y coma
Menos dios el muy maleducado
Si al menos entrara con un paquete de maíz
Ahí está hurgando en los cajones
Metiendo las narices en mis bragas
Usando lejía y amoníaco
Por borrar se justifica
Este desorden
De aquí a la noche la digestión es dura
Preparo un banquete a dos más uno
Donde come la rabia pesa otro vacío
Mi estómago es una cantera indestructible
Váyase No tengo el día
Pero insiste
Su puerta estaba abierta
Venía de paso
Usted está pidiendo asilo
Olvídese del pago que le consiente
Su generosa comunidad
Y ame
Como de verdad se aman

Las cosas con gula
Hasta mañana
Cierre bien cuando se vaya
Y llévese de postre alguna piedra
El amor es una distracción del deseo
No me gusta que me vea desnuda
Ni cualquier dios
Ni cualquier dueño

No te acabé de llorar
Por eso
Las paredes estuvieron tristes
Y tu perro envejece
Y tú envejeces
Es hora
De que yo también lo haga
Nunca te paraste a imaginar
Por qué cantaba
Amé en silencio
Esa polilla agonizando
En tu garganta

Begoña Callejón | Athinά Stylianί Michou

TRES POEMAS DE BEGOÑA CALLEJÓN
TRADUCIDOS AL GRIEGO POR ATHINÁ STYLIANÍ MICHOU



OH! LA, LA, LA

Mi garganta de pájaro desplumada
Mi aliento salpicado de sangre
y pegajoso como el espasmo:
¿Mi pirámide bipolar?

El bello eléctrico nace desde mi vientre
y me río,
me has instruido en la ciencia de la tristeza.

[Martes y jueves]

El canto de las cigarras
lame el temblor de mis piernas.

Los pájaros dibujaban en mis ojos.
Huerga y Fierro, 2012

OH! LA, LA, LA

Το από πτηνό λαρύγγι μου μαδημένο
Η ανάσα μου από αίμα κηλιδωμένη
και κολλώδης σαν τον σπασμό:
Η διπολική πυραμίδα μου;

Ο όμορφος ηλεκτρισμός ξεμυτίζει
από μέσα μου και γελάω·
Με έμαθες στην επιστήμη της θλίψης.

[Τρίτη και Πέμπτη]

Το τραγούδι των τζιτζικιών
γλύφει το τρίκλισμα στα πόδια μου.

Τα πτηνά ζωγράφιζαν στα μάτια μου.
Huerga y Fierro, 2012

LÁGRIMA

Llórame
llora por mis generaciones
por las que no nacerán y se pudrirán de vergüenza.

Llórame
llora por cada una de mis muertes venideras
por el extraño destino que confunde mis ojos
y tocaré las campanas por cada uno de nuestros nacimientos.

Suicidio de libélulas.
Celya, 2006

ΔΑΚΡΥ

Θρήνησε με
θρήνησε για τις γενεές μου
γι' αυτές που δεν θα γεννηθούν και θα σαπίσουν από αισχύνη.

Θρήνησε με
θρήνησε για κάθε έναν από τους επερχόμενους θανάτους μου
για την απόκοσμη ειμαρμένη που αμφιταλαντεύει τα μάτια μου
και θα κρούσω τις καμπάνες για κάθε μία από τις γεννήσεις μας.

Αυτοκτονία λιβελούλων.
Celya, 2006

ATADO A LA CAMA

ahora mis ojos no me valen. sólo escucho. puerta sellada. la llave en el bolsillo. atado a la cama. 1h. 2h. 3h... 24h... 36h. suficiente. si miras te contagias. pasar de largo y no mirar. cruzar los dedos y no mirar. vomitas al borde de la cama. escupes con tu boca de gelatina. maldoror llama: «adornaré mi cuerpo con perfumadas guirnaldas para este holocausto expiatorio». puerta sellada. ¿no te acuerdas? la segunda persona del singular esboza palabras. buscas y no encuentras. ocultas el lenguaje de los vivos. una señora con moño violeta observa desde el otro lado. aquí todo es un pretexto. un niño asustado. hablaremos de new york, de los rascacielos, de un viaje por europa. hablaremos. sala 12: «recoge los despojos: ha vendido su alma».

Horas hermosas para teñirlas de rojo

ΔΕΜΕΝΟΣ ΣΤΟ ΚΡΕΒΑΤΙ

Τώρα μου είναι άχρηστα τα μάτια. μόνο ακούω. σφραγισμένη πόρτα. το κλειδί στην τσέπη. δεμένος στο κρεβάτι. 1 ώρα. 2 ώρες. 3 ώρες... 24 ώρες... 36 ώρες. φτάνει. αν κοιτάξεις μολύνεσαι. προσπέρνα και μην κοιτάς. σταύρωσε τα δάχτυλα σου και μην κοιτάς. εξεμείς στην άκρη του κρεβατιού. φτύνεις με το στόμα σου από ζελέ. ο maldoror φωνάζει: “θα στολίσω το σώμα μου με αρωματισμένες γιρλάντες γι’ αυτό το αποδιοπομπεό ολοκαύτωμα”. πόρτα σφραγισμένη. δεν θυμάσαι; το δεύτερο πρόσωπο ενικού σκιαγραφεί λέξεις. ψάχνεις και δεν βρίσκεις. κρύβεις των ζωντανών τη γλώσσα. στην άλλη πλευρά μια κυρία με μοβ κότσο παρατηρεί. εδώ είναι όλα ένα πρόσχημα. ένα φοβισμένο παιδί. θα μιλήσουμε για τη new york, για ουρανοξύστες, για ένα ταξίδι στην ευρώπη. θα μιλήσουμε. Αίθουσα 12: «περιμάζεψε τις λείες. πούλησε την ψυχή του».

*Όμορφες ώρες για να τις βάψεις με κόκκινο.
Εκδοτικός οίκος La Garua*

José María Jurado García-Posada

REVELACIÓN

Apuremos el oro de la noche
en estas copas de cristal tallado,
mañana beberán la luz del día
abiertas como rosas transparentes
sobre un tallo finísimo de vidrio.

Hendidas por el sol las flores arden
y emprende el vuelo un pensamiento oscuro,
ese pájaro negro que precede
a la áspera niebla de los páramos
y a los densos pantanos del olvido.

(La noche es más oscura sin la noche
y más clara la luz cuando no hay luz).

Toda la eternidad se transfigura
en el instante quieto del ahora,
guardemos estos pétalos sin sombra
en los hondos herbarios del presente.

En su frágil corola el tiempo vibra
y brilla lentamente la serena
claridad de la calma que amanece.

Agustín María García López

DÍPTICO DE LA FUGA

I

ἐπέκεινα τῆς οὐσίας
PLATÓN

Coged un círculo, acariciadlo, y se hará vicioso.
EUGÈNE IONESCO

En la flama de oro de la tarde olvidada el niño les dio cuerda a todos sus juguetes. Cada uno era distinto y eran todos iguales: la tortuga andarina, el payaso contento del paraguas giróvago, el torito y la morsa y, en su círculo exacto, el breve tren expreso. No iba a ninguna parte y el mundo recorría. Seguiríamos la vía de los bosques que huyen. Antes que el tiempo acabe y la cuerda se agote. Antes de que la rosa olvide al corazón.

2

El Capitán Trueno [...], gracias a Morgano, [...] ascendió a cumbres donde sólo habitaban enanos enloquecidos, lo atrapó el mar de los Sargazos y casi lo engulle el Maelstrom, amén de visitar Irlanda, Tierra Santa y todo el Oriente Próximo, la Muralla China y la brumosa Thule, y unas cuantas regiones olvidadas por los mapas y por el tiempo pero no por sus lectores.

No por este lector que vivió el verano de 1958 pendiente de El Capitán Trueno de la semana para viajar a la remota cordillera donde florecía la enigmática flor oaxlaca, que sanaría las heridas mortales del Capitán, y a la intrincada selva de los Kambili y al último confín del horizonte sobre el que, entonces aún no lo sabíamos, muy pronto el globo del mago Morgano se anclaría como un asterisco de la infancia, inmóvil para siempre.

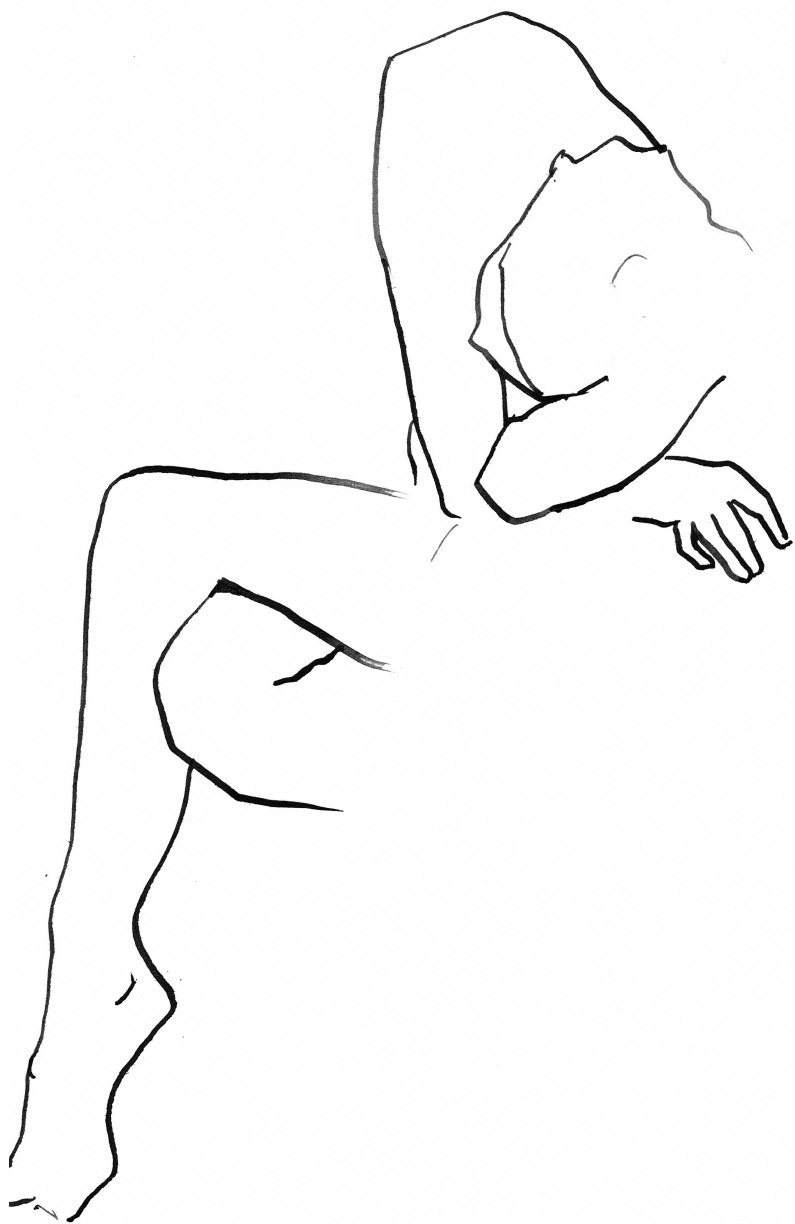
JOSÉ MARÍA CONGET

Por el aire sin rumbo contenido en la rosa, redoma de los genios que brindan tres deseos —¡de ti, de ti otra vez, y mil veces de ti!—; llegamos callandito hasta el laboratorio, por más que lo perdiéramos en un monte sin luz. Bordadora de letras, logófora tú misma, se entreabrieron las nubes para que hablastes tú. Y todo fue distinto e idéntico fue todo. Soltamos de su anclaje las amarras del globo. Del globo de Morgano, laberinto secreto; una abubilla amable, clavel del corazón, se posó en la barquilla para torcer el rumbo. Terrenos e infinitos, en vaivén como el mar, la Rosa de los Vientos quisimos deshojar.

Esther Muntañola

LUMBRE

Y entonces mi padre
se convierte
en el hombre que cuida las palomas.
La tarde es siempre la misma tarde.
El sol se pone en los árboles
al oeste de la casa, al oeste del tiempo
que nos consume;
callamos al anochecer
entre los manzanos.
Se acaba el mundo una vez más.
Una vez más
se agranda el silencio
y dejamos a los pájaros decir
las últimas palabras
mientras bruñe la luz la tierra que nos sueña.



E. Muntariola

Rafael Escobar Sánchez

ENTRAÑA DEL ABRAZO

(A Luis García Valiente)

Si nos abrazamos,
no tenemos cuerpo a salvo donde huir,
piel sobre el nudo de otra piel ansiosa
no hay rendija para esconder el dolor,
la sangre no levanta cercas, ni muros,
y nos encuentra en su desorden frágiles,
perdidos en el hueco que oprime
nuestra conjunción indefensa,
de poco nos serviría recurrir al cinismo,
a la simiente cegada de mentira
que tizna como cal o humo las palabras,
abrazados somos un pacto de flaqueza mutua,
un templo cuya sola fe fuera su ruina,
y así se desvela la entraña de nuestro amor,
como esa música para arrullar cuanto muere
que siendo el canto perfecto de nuestra debilidad
nos precipita en su vértigo al empuje
de la violencia más encendida.

BODY'S IN TROUBLE

(Libre fabulación sobre Mary Margaret O'Hara)

Y qué decir de este cuerpo,
de este arañazo de perjurio o invierno
que crece hacia el margen ruin de la caída,
de este muñón aterido
en la ceremonia de abril de toda flor
que retumba en la sombra del hueco,
tentarlo es olvidar un dios que sueña
amarlo es gustar humo de vértigo
hasta deletrear la muerte y no saber,
aúpate,
injértate al paso de aleluya del cielo,
súbete aun mirador predilecto de la luz
o acaso pensaré que tu raíz impura se afirmó
para tierra que no aguarda el empuje de la semilla
sino la carcasa rota de un cadáver.

LA TEJEDORA

De noche, algo me desteje de ti,
subo por la calma que limpia el hambre dormida
y allí rozo el secreto estremecido del tiempo,
el don precioso que regala la vida
sin humillarla en la busca de un cuerpo,
soñando, me aguarda
el mar sin cadena que consuela a un preso,
y entre el rumor a fuga de su alegría,
tú, ajeno a mi sangre,
sin marca de yugo que pueda llamar mía,
y juntos nos devolvemos la propiedad del fuego,
como niños que se vuelven prematuramente serios
para firmar la gravedad de un pacto
que sólo celebra en su fe la libertad del otro,
dormido, te vivo pleno en la desposesión de ti,
parte de la heredad mezquina de nadie,
y encuentra el alba sucia que repudiaron los amantes
mi deseo sin cárcel perdido,
y te encuentro de nuevo inmóvil,
yerto en un metal que nubla el beso de las alas,
atado a mí con el mismo peso de rigor implacable
con que sólo puede afirmarse el hábito del dolor.

AUTOPSIA

¡Ya sé! El cuerpo no es el hombre. No es «Ray». Y sin embargo, ¿dónde, si no, había residido Ray, más que en ese cuerpo? Era un cuerpo que yo conocía íntimamente, que yo amaba. Así que no quise que lo mutilaran.

JOYCE CAROL OATES, *Memorias de una viuda*

No te humillarán más, amor,
nadie pondrá en tu luz vencida más daño
del que ya impone en su rencor la muerte,
tu cuerpo partido no es una raíz vacía,
un cascarón de ruina donde aova el silencio
su música letal de desapariciones,
para mí continúa siendo pan cierto,
un recinto que vela la orilla del fuego
que apostató del frío para volverlo hogar,
tú, extendido en toda la huella de tu ofensa,
aún habitas completo en ti,
continúas siendo el peso de tus límites
que me descubrió qué dolor asombrado era vivir,
en el espacio, rebosando sin saberlo en tu alegría
una voz que sólo se encendía por crecer más alta,
en el tiempo, que ahora te niega y te abandona
como se desprecia el amor que desgastó la costumbre,
pero nadie podrá convencerme de que una carne tan débil
no fue la semilla de un empeño aguerrido como la fe
y un deseo tan vasto como la medida del infinito.

Athiná Stylianí Michou

MAÑANA

Espera con deseo.

Una línea recta

dibuja el viento.

En la piel la voluntad

del vuelo.

El tacto y después

entre los dedos despierta

el contacto.

Los pasos se acercan,

y el beso se da.

PARA UN ESCRITOR
QUE NO ME HACÍA EN MÁLAGA

No me hacías aquí
y vine porque sí.
Por el mar que aletea entre mis dedos,
por el sol que despluma mis palabras
entregándome a su «locura».
Por el viento y su
aliento.
Por la ciudad tan bella y
su horizonte alado.
Por el día, enredada en
los rayos de los colores.
Por la noche vuelo
hacia sus albores.

ÁRBOL DE MI POESÍA

Las letras,
eco de lluvia
en mi mente.
Una línea se apodera
de mis sentimientos.
Río, sobre la voz i n f i n i t a
alargas las distancias
de mi escritura.
Uno por uno
dibujó los poemas
de mi vida.

Vito Domínguez Calvo

VON ASCHENBACH PIDE OTRO LIMONCELLO

Fiera razón de ser tiene tu lengua
cuando pronuncias la palabra fuego,
ella desata un íntimo oleaje
que desborda el silencio de tu copa.

Perdida la virtud donde fue el llanto
ya nada importa menos que el destino,
fiel camino de espejos y secretos
que en su ruta de abismos
por los ojos del mar vuelve a tu boca.

Todo busca la arena y es tu piel
quien acuna el tatuaje indescifrable
que las manos del sueño
le arrebatan con risas a la noche.

Luego vuelves despacio cuando ya todos duermen
con mil versos clavados en las uñas
a morirte de nuevo
en la lívida luz de tus alcobas.

Salvador Negro

MI MUJER Y MI CASA

Primero perdí a la mujer y luego la casa.
Ninguna era mía, pero las amaba.
A una como se aman las cosas de la tierra.
A otra como se aman las cosas del cielo.
Al quedarme sin ellas, lo único que tenía
era mi imagen desnuda sobre la tierra,
mi imagen verdadera bajo el cielo.
Y era más grande que mi mujer y mi casa.

EL VERDUGO DE LA PATRIA

Para Ngugi wa Thiong'o

La derrota me ha enseñado todo del amor.
Veo al hombre mirando con mil ojos para no ver.
Veo al hombre caminando mil caminos para no llegar.
Veo al hombre viviendo mil vidas para no vivir.
Y todo esto, ¿para qué?
¿Para que haya más paz en el corazón?
¿Para que sea posible convivir con las bestias?
¿Para que el día tenga la luz de una montaña blanca?
¿Para envejecer en un mundo envejecido?
Sonríe y os cedo todas mis propiedades, todos mis versos, mi locura.
Con una piedra me recuerdo a mi mismo, me acaricio, me asiento frente
a nadie.
Hijos, padres, nadie tiene la culpa de que este poema desaparezca y no
sea en vano.
He puesto mi cabeza bajo el verdugo de la patria para invocar la libertad
de mi lengua.
Por mi fuerza soy declarado loco.
Por mi falta de miedo soy convertido en piedra.
¿Qué es belleza? Digo apartando la mano de mi rostro.
¿Qué es amor? Digo apartando la mano de mi rostro.
Y me pongo a llorar como un niño que descubre su castillo de arena
derruido.
Era tan fuerte el viento como mi esperanza.
Tan fuerte como el grito cerrado de la multitud. ¿Lo oís?
Un hombre está pronunciando su nombre apoyándose en un mundo in-
visible.
Un hombre está recreándose en la belleza del amanecer conquistado.
Un hombre ha sido condenado a morir por algo que no es nada.
¿Qué mundo malogrado nacerá de esto?
Mi pobre isla, mis hermanos, ahí yacéis misteriosos como las figuras del
viento tras un naufragio—
¿Habéis visto qué poco ha bastado para reemplazar vuestra lengua?

Entre todos vosotros, ¿habrá un niño que salvara al resto?
¿Habrà una semilla que no pudiera ser removida del cielo?
¿Habrà en vuestro sueño el sueño eterno de la verdadera palabra?
¿Lo ha escuchado alguien mientras la luz os iba calcinando los huesos?

Hay
que haber amado la derrota, la inexistencia, la muerte
para cubrir un cuerpo con toda la ternura aunque sea el cuerpo
que nos va a matar.
¿Y si fuera la muerte lo único que nos acerca a los otros?

EL SECRETO DE LA ESCRITURA

Algunos tienen diez casas y otros su cuna destruida.
No hay esperanza para el mundo.
He vuelto de Etiopía con el alma manchada de sangre
y con la poesía más viva que nunca. Estaba
con un inválido tratando de cruzar la frontera.
Con un pájaro que nos despertaba antes que las bombas. Creo
que no podía dormir de tanta belleza y me revolcaba
en mi colchón de adobe con los tendones doloridos
tratando de captar lo inexplicable. —Hijo,
me dijeron desde el otro lado de aquella pared negra, toma
un pedazo de pan, y yo tendí mi mano como si recibiera
el secreto de la escritura. —Escucha,
debemos de partir mañana temprano. Y era la oscuridad
una gran madre que nos esperaba
a todos, con su vitualla. Más tarde hubo disparos,
teníamos el aliento de los soldados sobre nuestras cabezas
y no podía ver a nadie. Pero en el fondo de mi corazón
nunca he sido más feliz,
ni me he sentido menos solo.

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

En el sermón de la montaña, era la montaña la que hablaba.
Y el cielo era un oyente más.

El techo de las estrellas parecía abandonado.
En la hierba resplandecía el riego del sol.

Toda esa fuerza era la fuerza de la fidelidad.
Ese era el único poder que admitía la vida.

Un hombre cruzando indiferente por su sombra.
Un hombre convertido en profecía inmortal:

De la palabra lluvia, goteando con entusiasmo en las cañas.
De la palabra amor, en el horizonte invisible.

Olvidando todo aquello que no tenía corazón.
Olvidando todo aquello que no existía.

En el profundo deseo de la montaña bajo sus pies.
En el cuerpo que las estrellas habían tomado esa noche.

Pareciéndose a los gansos salvajes en una sílaba
Lanzada por el viento del norte.

Porque era eso la gran literatura: la pureza
limpiaba los rostros del vacío.

Y una mezcla muy sencilla de aromas secos.
En la cabeza del aire.

Sea, dijo. Muramos en la página de esta filosofía
que vuela sin cesar en la montaña.

En el abrazo de los amantes caídos que izan
la noche con la alegría de su espíritu.

Cuando ya no hay metáforas para decir el cielo,
que brilla como los ojos de un recién nacido.

Aitor Francos

UN BUZÓN EN EL DESIERTO

No hay razón para el bostezo.
Profundidad
del Yo.

La luna
es mi testigo.
—No hubo respuesta desde el faro.

La sombra de las flores,
no la arranca
el viento.

Por el ruido intuyo
un motor
de avispas.

La luna a medio hacer,
hoy parece un murciélago
sin túnica.

Cubriendo huecos en el papel
hasta sentir mis manos
vacías.

Luna de cobre,
 acepta en medio de la niebla
comparaciones.

Se cubre de rocío el abanico,
 sin avisar a nadie
florece.

Una mariposa muerta
 defendiendo la ruina de la flor.

Son alfileres
las gotas de rocío
 sobre el mendigo.

Noche sin límite,
¿qué hará
 la araña con su balanceo?

La luna
en el fondo del estanque.
 —Cree ser una moneda.

Ráfagas de viento,
 aguanta cogida con los dedos
la libélula.

Una sola moneda en mi mano,
el calor de un grillo
en la noche.

Si cambia con las ráfagas de viento
el paraíso
lo desconozco.

Melancolía,
¿de qué color serás
tras el rocío?

El haijin se quita la dentadura.
Hoy anochece más temprano.

Un ataúd cubierto de hojas secas.
El viento las consuela
elevándolas con él.

Sin conocerme,
el gato del vecino
acepta nombres.

Gotas de escarcha.
Nada ofrece el destino
salvo tristeza.

Miguel Ángel Berrocal

CIELO

El cielo de esta boca no alberga constelaciones
sólo aire entre pasos a mares desconocidos,
a salitre entre dedos
[y dedos en la espuma de
rompientes.]

DISIDENTE

Disidente de los cementerios
De firmar papeles
De las aguas sin tu piel
De los pitidos de coches en una boda
De las mañanas sin niebla
De las noches sin mar
De no querer veneno
De los que no me cuidáis
[que ya os cuido yo]
De no mandar a la mierda a siete al día
De no cometer los siete pecados cada día
De mirar donde no te sale de los cojones
De no tocar porque sí
De no besar porque también
De conocer y que no te conozcan
De no beberme esta botella de vino porque tú lo digas
De no perderme siempre donde quiero perderme
DE NO DESANGRARME Y REÍR POR ELLO

...

Quisiera ver esas dos copas de vino llenas alguna vez; la mía, tiene el borde romo de noches de labios fríos, mis dedos tatuados y sólo los míos, un posavasos con algo que escribí a nadie y diez mil posos contando a la otra, llena siempre, impoluta, tuya hace tanto como tanto tu nombre no era conocido, batallas de Vides abuelas.

«NUESTRAS ECUACIONES (La)»

Ese corredor que entre nuestros ojos es mapa;
sin leyes físicas
sin ecuaciones
únicamente la que es = a tu belleza
y esa excepción inalterable, —la constante—;
{la gravedad de tu mirada}

la

belleza

de lo ciego.

...

Huele a lluvia de la que desolla torsos
De esa que tú invocas.

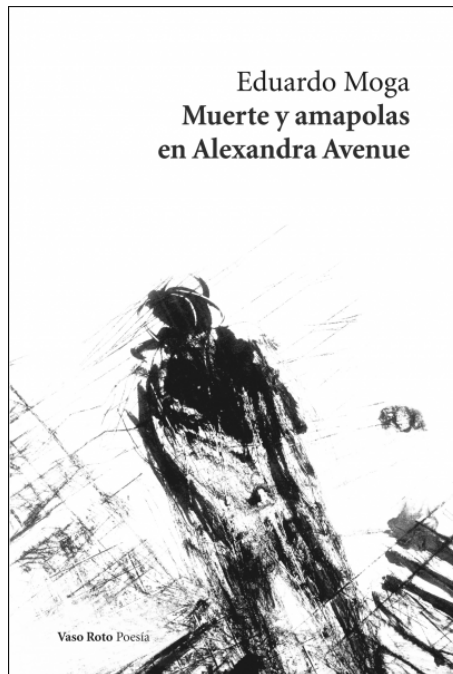
«LOS ARDUOS SIMPLES CAMINOS»

Todo quisiera;
y nada más,
que limpiar el polvo de/l (tú)
—camino—
en mis facciones;
después de las tuyas
y tus humedades
para ungir mi cara cansada.
«A ti, a todo pues lo eres»

BIBLIOTECA

Eduardo Moga

MUERTE Y AMAPOLAS EN ALEXANDRA AVENUE



[HE ODIADO ESTE SILENCIO...]

(Adiós al fin, tierra como tu gente fría,
Donde un error me trajo y otro error me lleva.
Gracias por todo y nada. No volveré a pisarte).

LUIS CERNUDA, «La partida»,
*Vivo sin estar viviendo*¹

He odiado este silencio. Un silencio yermo. El del vuelo espinoso de las golondrinas. El de las noches tumefactas de frío. El de las miradas sin nadie. El silencio. He odiado la mansedumbre de la nieve. Se extendía por el campo y los intestinos. Era silencio. He odiado el alboroto del humo. Excremento de la luz, afluí a al océano inalcanzable del cielo por un lecho de arcilla: nada lo apartaba de su camino sin patria; nada lo desviaba de su huida helicoidal, de su discordia con el sol. Yo miraba al paisaje acarrear la nada. Una nada turbulenta de nieve, de silencio.

*Nula oquedad dejaban
En el tiempo, horas que no sonaron.
Y a ciegas le llevó el navío
Como al muerto temprano.*

He odiado la desaparición de los hombres. Bullían, helados, en las calles heladas. Y desaparecían. Sus cuerpos no se estremecían al hablar; sus cuerpos no florecían. Ni se dirigían a mí como se dirigían a sus codicilos, a sus madrigueras, a su deserción. He odiado la apatía en que se refugiaban. He odiado su silencio: el hígado no resonaba, ni crujían las clavículas; los dedos eran ciegos; las nalgas habían perdido su avidez. A veces, al principio, atisbaba su esplendor en madrugadas de luz remisa. Entre los vapores del baño distinguía una piel lavándose los dientes, una pantorrilla espesa como la nata, una desnudez que me desnudaba. Pero no hubo nada. No hubo mieles, ni espasmos, ni gladiadores. No hubo abrazo: solo lejanía. He odiado estar lejos. Pero el odio es una querencia adversa; el odio es la forma que tengo de amar.

*(Es el pórtico neoclásico de la ópera:
Pinta el pobre en el suelo retratos lastimosos,
Van diademas entre montones de hortalizas).*

He odiado el silencio de los colegios. Yo amaba el silencio, pero el silencio que envolvía el pecho como una hoguera amable, el silencio que me

transportaba a un silencio sin tacha, el que se erguía en palabras sin otro empeño que disipar el miedo y hacer de la soledad sustancia: el silencio de la algarabía áurea de las playas, el del vino y la querella, el silencio de los ruidos diáfanos que suscita la benevolencia, o ese, tan triste, que hacen los cuerpos al amarse. Entre muros con muchos escudos y espadañas que se hincan en el vacío y rectángulos abrasados de pasividad, he odiado el silencio.

*Nada suyo guardaba aquella tierra
Donde existiera. Por el aire,
Como error, diez años de la vida
Vio en un punto borrarse.*

Las multitudes estaban en otro lugar. También las he odiado. Las multitudes sofocan la piel: cercenan la transparencia. En Londres las multitudes hacen que cada hombre se olvide de sí: se lo tragan las manos; lo mortifican los hierros de la urgencia; le llueve la quemadura de irse, el plomo con el que se forja la anonimía, el engrudo de lo mucho. Pero ese hombre olvidado por tantos, abrumado por tantos, y por él mismo, se despierta con ferocidad acética: espoleado por el fracaso, se yergue como un colmillo y se entrega a su propia devoración. Ese hombre anulado, en cuyo corazón solo crece la verdolaga, prorrumpe en acideces, levanta torreones de sombra, se encona como una pústula. Lo miro a la cara y veo a otro —un perro, un homúnculo, un hombre—, pero soy yo. No reconozco sus gestos, pero me dicen a mí. Su cólera, muda, es la misma que me arrebató cuando no alcanzo a reunirme con aquellos a los que quiero: contigo, que acaso me leas en el futuro, y que quizá entonces no me contemples con desamor; conmigo, tan próximo y tan incomprensible; con mis muertos, tan callados. Las multitudes me exasperan hasta que me desvanezco en este paroxismo de mí, en esta deformidad indefensa que viste mi americana, y perfila mi bigote, y calza mis botines. He odiado este fragor y el silencio que supura. He odiado mi deambular por estas calles ocluidas por el gentío.

*(Siglos en piedra, muros limitando los claustros
Sobre jardines mudos, donde los estudiantes
Pasan y flotan tras de ellos negras alas).*

Pero ha habido momentos en que las piedras, y también los hombres, dialogaban. Los claustros no eran intransitables, sino que filtraban una claridad lentísima, hecha de paréntesis y azaleas. La hierba no hería: quizá fuese la arena de mis caminos. Los graznidos de los cuervos destellaban, y rebotaban en las tapias de las bibliotecas, y yo los apresaba cuando caían, desbarajustados, en mi casa, a la intemperie. Yo leía la luz,

y me escribía. Y conversaba con otros huéspedes de la ausencia, a los que también había derrotado el mundo. Pero su mundo era el mío, y yo lo cultivaba con sobriedad: no omitía la esperanza. Hubo, asimismo, labios devorados: labios que asomaban entre columnas, o que se desnudaban en la penumbra de los rectorados, o que absorbían, como anémonas, el desgarró que me constituía, y dejaban mi cuerpo expedito para el amor, para el corolario ígneo de la entrega.

*Solo junto a la sombra,
Con voces y con risas
Ajenas allá abajo,
Lejos miró. ¿Era sueño o vigilia?*

Ha habido, también, cercanías imposibles. En Battersea, donde apenas llega la ciudad, o donde ya retrocede. En un banco de madera con el que se ensañaba la humedad. A la vista de un río muy grande, en el que las gaviotas martirizan a las gabarras, y se precipitan la basura y los suicidas. Rodeado de setos que apenas se diferencian de la maleza, con el gruír sinuoso de las garzas y la majestad espantadiza de los cisnes, con la saliva del sol en las pieles incrédulas, con el ardor de los senderos aplacado por el agua de los pasos, con el aire apelmazándose en vaho, con los filamentos de la niebla del atardecer enredándose en los muslos. Aquel silencio no contenía ambigüedad: era solo querencia; era solo voz. Pero también equivocación. Yo no podía amarla. Yo era solo la urna del desconsuelo.

*Por prados de asfódelos el río gris se duerme
Y la torre normanda asoma en aire húmedo
Tras los olmos antiguos y las roncas cornejas).*

He odiado la oscuridad de estos amaneceres pálidos. He odiado el acero de la inteligencia: de la mía, ante todo, que me impedía acercarme a lo laxo, a lo ilegible, que me vedaba la piedad y el beso, pero también de los otros, que me aislaba como una empalizada. He odiado los domingos grumosos y el hacer sin compasión. Sobre todo, el hacer, este anudamiento de cosas que es, a la vez, desatadura del espíritu, este riguroso desvanecerse de lo creado, pese a su solidez, o gracias a ella. He odiado la intangibilidad de los seres, que me ha hecho consciente de mi propia intangibilidad. He odiado la intransigencia de las leyes: su cedaño sin agujeros; su altivez. He odiado esta quietud fabril, estas preguntas que no pretendían respuesta, o que ni siquiera se pretendían preguntas. He odiado la gelidez de los relojes y la vaciedad de las calles por las que pasaban tantos, animados por el desafecto, desdeñosos del amor. He odiado la lluvia que me golpeaba como una metralla compacta. He odia-

do el viento que desbarataba los paraguas y el alma, y dejaba a la vista el tuétano erizado de los hombres, o su pudrición. He odiado las paredes de la carne. He odiado el desinterés enojado de cortesía. He odiado la cortesía, que es solo la coagulación de la mentira. He odiado su sol, tan hipócrita como aquellos a los que ilumina. Y ahora que la belleza del mundo vuelve a ser posible, y palpita acaso, otra vez, ante mis ojos, y me incita a la turbulencia de otro nacimiento —todo nacimiento es una muerte—, sé que este odio fructificará. No resultará en actos, sino en palabras; pero las palabras también son actos. No me embrutecerá con sus aristas: alimentará un verbo que no se ha separado de mí, pese a tanta cercenadura. El odio puede ser ala. Yo he odiado, pero volaré otra vez: recorreré el laberinto del aire, aunque ya solo sea la astilla cenicienta de una encina de luz.

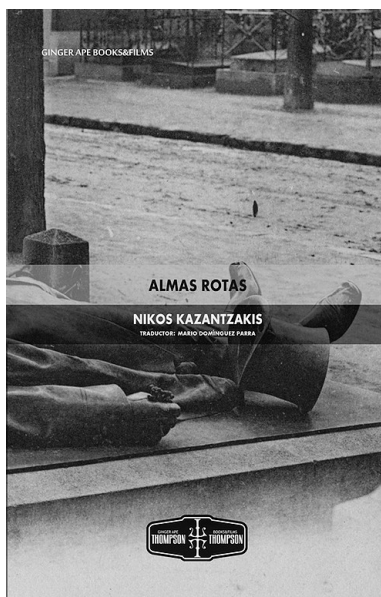
*Bajo el cielo, en la oscura
Medianoche del puerto,
Viró el navío rumbo al agua.
Reposo y movimiento en uno fueron.*

(Eduardo Moga, *Muerte y amapolas en Alexandra Avenue*.
Vaso Roto Ediciones 2017)

¹Tomo el poema de Luis Cernuda, *Poesía completa*, vol. I, edición de Derek Harris y Luis Maristany, Madrid, Siruela, 1993, pp. 423-424.

Tina Suárez Rojas

ALMAS ROTAS DE NIKOS KAZANTZAKIS
EN LA TRADUCCIÓN DE MARIO DOMÍNGUEZ PARRA



Aunque en 1906 Nikos Kazantzakis (1883-1957) ya había escrito la novela corta *Lirio y serpiente*, además de otros trabajos, *Almas rotas* es, sin lugar a dudas, la primera de las grandes novelas que forman parte de su ingente producción literaria, una producción que incluye no solo novelística sino también poesía, ensayo, teatro, libros de viaje y traducciones (la profunda vinculación del escritor con España lo llevó a traducir, entre otros, a poetas de la talla de Unamuno, Machado, Ernestina de Champourcín, Juan Ramón Jiménez, Altolaguirre, Concha Méndez,

Aleixandre, Alberti y por supuesto a Lorca, por cuya poesía sentía especial fascinación).

Almas rotas fue escrita durante los seis primeros meses de 1908 en París, a donde un año antes había llegado el joven Kazantzakis para asistir a las clases de Filosofía de Bergson y para concluir su tesis doctoral sobre Nietzsche. Entre los años 1909 y 1910 la novela fue publicándose por entregas en la revista ateniense *Numás*, hasta llegar al número 24. Kazantzakis nunca pudo verla editada en formato libro. Tendría que llegar el año 2007 (cincuenta años

después de su muerte) para que Editorial Kazantzakis se encargara no solamente de publicarla sino de ocuparse de la obra completa del autor cretense. Una década después, en este 2017 y a sesenta años, esta vez, de su fallecimiento el próximo 26 de octubre, es la editorial malagueña Ginger Ape Books & Films quien pone en manos de Mario Domínguez Parra la primera traducción al español de esta joya de la novela griega contemporánea. Mario Domínguez Parra (Alicante, 1972), además de un destacadísimo helenista, es traductor de lengua inglesa, es poeta, es ensayista y es una de las personas más cultas que, lejos de la habitual mediocracia que nos rodea, tengo el gusto conocer.

Almas rotas, como ya adelantaba al principio, fue escrita en París, y París va a representar no solo el espacio físico en el actúen los personajes de esta novela sino que será asimismo el escenario en el que se proyecte la naturaleza emocional de sus protagonistas. Estos personajes son lo que se denomina *peces fuera del agua*: un grupo de estudiantes griegos —de impostado dandismo— en la ciudad de los expatriados. A este respecto es importante recordar que París y Kazantzakis mantuvieron durante largo tiempo un intenso idilio intelectual. Allí no sólo escribió esta novela en la que son evidentes los destellos autobiográficos. Allí se fue forjando como hombre de pensamiento en los primeros años de su juventud y allí asume el cargo de asesor literario de la UNESCO, de 1947 a 1948. Finalmente, no es en París sino en la ciudad costera de Antibes donde fijará su última residencia hasta 1957, año en que

le sorprende la muerte en uno de sus habituales viajes, tras el agravamiento de su leucemia. Cuentan sus biógrafos que el escritor se mostraba especialmente dichoso allí, en Antibes, porque idealizó su estancia a tal punto que no sentía estar viviendo en esa reconocida ciudad turística de la Costa Azul sino en lo que esta había sido muchos siglos atrás: la vieja Antípolis, aquel puerto mediterráneo fundado por los jonios. Y es que a pesar de los serios problemas que Kazantzakis llegó a tener en Grecia —incluso después de muerto— por su compromiso ideológico, por sus diatribas sobre el cristianismo y en definitiva por su librepensamiento, que lo convirtieron en un desterrado, en una especie de Ulises a la deriva, su amor por la patria griega y por todo lo que representa su legado cultural jamás abandonó su corazón. De verdad que ha sido emocionante ir descubriendo en los diferentes apuntes biográficos que he manejado previos a la lectura de *Almas Rotas*, ese sentimiento de amor, a menudo desgarrado, incluso doloroso, que Nikos Kazantzakis sentía por el alma griega. Sirvan de ejemplo estas palabras que se recogen de una entrevista de radio concedida al periodista francés Pierre Sipriot el 6 de mayo de 1955 en París: «Algo especial sucede a los griegos que viven en el extranjero. Son mejores. Están orgullosos de su raza, sienten que son griegos y tienen la responsabilidad de ser dignos de sus antepasados. Su creencia de que provienen de Platón y Pericles, tal vez pueda ser una utopía, un efecto placebo de milenios, pero este efecto placebo, se ha suministrado con fe ejerciendo un resultado estimulante en el alma moder-

na. Gracias a esta utopía sobrevivieron los griegos. Después de siglos de invasiones, masacres, hambrunas, deberían de haber desaparecido. Pero la utopía que era la fe, no los deja morir».

Ustedes se preguntarán por qué me estoy demorando tanto en estos aspectos del ser y del sentir kazantzakianos. Y es precisamente porque para comprender esta novela es necesario imaginarnos a aquel joven Nikos experimentando ya en aquel entonces ese íntimo patriotismo de los que están lejos, un sentimiento que va a ir parejo al anhelo de recuperar y encender el espíritu de una Grecia esplendorosa que se perdió en el tiempo. De hecho, la palabra *patria* (y el enunciado nuestra *Ática*) así como la noción de nostalgia idealizada que de ella ofrece la distancia, la lejanía, están muy presentes en estas páginas.

Aquí se narra una historia, una historia gris como el cielo de París, pero es una historia cuya trama es mínima, es una historia de tensión más que argumental, de tensión emocional a la que cabe perfectamente definir con los propios adjetivos con que justificó Kazantzakis su manera de escribirla: «enfemiza, pesimista y negativa». Es la historia de la intrahistoria de los tres personajes principales; quiero decir con esto que el relato se centra en el paisaje interior de ese trinomio protagonista, formado por el estudiante universitario Orestis, su novia Jrisula y un amigo de ambos, el profesor Gorgias. Pero también es la historia de la desidia, la apatía e incluso la mediocridad que rodea a los tres personajes. Seguramente porque fue testigo de ello durante sus años de juventud en París, Kazantzakis

describe continuamente esa superficialidad que transmitía aquel estudiantado griego. Nos la describe unas veces en la voz del narrador y otras tantas en la voz de Orestis: «jóvenes pálidos y marchitos que se sientan durante horas enteras apoyando las manos sobre la argétea empuñadura de sus bastones. Miran somnolientos. Miran a las mujeres que pasan, sin moverse, sin pensar en nada, sin tan siquiera sentir deseo, Así, como imbéciles huraños. Al amanecer, se van agotados a dormir. Al día siguiente, mientras bostezan, se jactan ante sus amigos (cuerpos destinados a la juerga) diciendo: “anoche estuve de farra otra vez hasta el amanecer”». «¡Cómo os movéis así, tranquilos, bovinos, satisfechos y cómo es que no se rompen vuestras frentes en el angosto, horroroso ciclo de la vida rutinaria!». La mediocridad ambiental se nos hace ver ya desde el comienzo, cuando los estudiantes griegos, reunidos en el cementerio de Montparnasse para homenajear como cada 25 de marzo la figura de Adamantios Koraís, uno de los máximos representantes de la Ilustración griega, esperan la llegada de Orestis —que es el encargado de dar el discurso—, de Jrisula y del profesor Gorgias. Durante esta espera, y en forma de diálogo, los estudiantes se dedican a enjuiciar con un menosprecio feroz a los que están por llegar: a Orestis nos lo presentan como «un tonto de capirote», «un poetastro que se cree un genio», «un Don Quijote con sentimentales yelmos de papel. Un chalado, un engreído». De su novia Jrisula dan a entender que es una amante fácil, que finge ser pudorosa y honrada pero en realidad es una mujer de baja

ralea que ha sido capaz de abandonar a su familia en Atenas sólo por perseguir a Orestis. Por último, se burlan del profesor Gorgias y de sus trabajos de investigación, hasta el extremo de inventarle el apellido *Progonóplijtos*, que viene a significar algo así como *el que está obsesionado con el culto a los antepasados*. Y estas son en fin, las prejuiciosas descripciones con las que se va a tropezarse el lector antes de conocer de lleno a los protagonistas.

Comentaba anteriormente que la génesis de esta novela coincidió con la de su tesis doctoral sobre Nietzsche. Es un dato que ha de tenerse en cuenta pues a lo largo de la lectura son considerables los pasajes multidiscursivos en los que se hace evidente la influencia de sus estudios de Filosofía en la cosmovisión de la obra. Sin ir más lejos, el mismo Orestis está entregado de lleno a la confección de lo que él llama *Nuevo Testamento* y que define como una *gran revolución espiritual* con la que pretende arengar a sus compañeros para que juren con él a favor de una nueva religión: «(...) la religión verdadera: la adoración de la naturaleza. No la adoración de la naturaleza de los antiguos (...) sino la adoración de la naturaleza científica y vastabsorta (...). Todos los organismos, desde los multivitales y secretos hasta el hombre y el superhombre, somos hermanos del mismo padre, el Sol, y la misma madre, la Tierra». Las páginas de *Almas rotas* supuran además ese perturbador nihilismo nietzscheano asociado a la crisis o destrucción de valores: «No leas, Orestis. No te canses mucho. Ven al ambigú. Aprovecharás a jugar al chaquete, al *préférence*. Así pasaremos el rato.

¡Dígnate a venir a vernos también». Es un nihilismo que, del mismo modo, podría representar la propia desazón de Kazantzakis por el momento convulso que en esos primeros años del siglo XX está viviendo no sólo Grecia sino el resto de Europa: «En ninguna parte Libertad, Igualdad, Fraternidad —dijo mientras recorría las calles y miraba cómo estas tres palabras se sometían a la demagogia, gritaban sobre tantos muros de París»; o este pasaje donde Orestis toma conciencia amarga de la inercia, de la indolencia, de la imperturbabilidad del ser humano ante el ser humano: «(...) la vida tiene una expresión hosca, taciturna, asesina. Todos corren con los puños cerrados hacia la lucha de la vida y van... van... ¿Adónde van? ¿Qué quieren? ¡Nadie es feliz! ¡Nadie siquiera sonríe! Quien se detiene en la calle para descansar un poco es pisoteado por las multitudes que viene detrás. Nadie se inclina, ni siquiera un poco, para levantarlo, ni para saludarlo, ni siquiera para lanzarlo hacia el borde de la calle, donde agonizar tranquilo». He aquí a Orestis. Un personaje que se va desgastando en una íntima pugna entre trivialidad y trascendencia: «Si se pierde esta esperanza (...), ¿en qué nos convertiremos? ¡Sin ojos, sin pies, sin manos, tullidos y miserables, queremos volar hacia las cumbres más altas! ¡Deseos de águilas y alas de mariposas!». Todo él es pura efervescencia interior, es un *totum revolutum* hecho carne que —ante el fracaso de su obra— va tomando conciencia de que quizá la vida, su vida, solo pueda cobrar sentido a partir de tres únicas opciones: el amor, la música y la *Bella Muerte*. Esta alusión a la Bella Muerte

remite a un concepto mítico de la epopeya griega, la *kalos thánatos*, la muerte gloriosa, la muerte valerosa que ennoblece a los héroes en la lucha. Es una muestra más del arraigo a la tradición clásica del que hace gala Kazantzakis. Explicaba el escritor -en otra entrevista a Pierre Sipriot- que la mejor novela, es aquella que «profundiza en el estudio del hombre de su país para llegar al hombre sin etiquetas, simple y únicamente el hombre, [porque] no es posible que nadie llegue al hombre de todos los países, si no ha comenzado por el hombre de su país». Me aventuro a afirmar, como lectora de *Almas rotas*, que esto es ni más ni menos lo que se propuso aquel Kazantzakis de tan sólo veinticinco años cuando abordó el proyecto de esta obra, es decir, escribir no solamente el argumento de una novela sino esbozar una teoría sobre la ética y la moral de la existencia, tanto en la naturaleza del individuo como en el de la colectividad. Una teoría, insisto, sustentada sobre los planteamientos filosóficos que le ofrecían la lectura de muchos de los estudiosos y pensadores que entonces leía y a los que menciona directamente o a cuyas teorías alude en este libro: Leibniz, Hobbes, Darwin, Spencer, Kant o la figura de Cristo, a quien Orestis llama el *Poeta Nazareno*... De hecho, un gran número de críticos concibe toda la novelística de nuestro autor como un «corpus filosófico». Pero no nos quedemos ahí. Abundan en la novela las referencias intertextuales y las alusiones culturalistas relacionadas con obras de artes pictóricas y escultóricas, con el mundo de los personajes arquetípicos (Edipo, Eva, don Quijote, Abel, Eteocles y

Polinices, Antígona, Tántalo, Astarté), con artistas y músicos (Isadora Duncan, César Franck, Tiziano, Carlo Dolci, Gustav Moreau) con escritores de variada raigambre (Verlaine, Safo, Jean Moréas, Platón, Esquilo, Oscar Wilde, Homero). Y es que estamos ante un escritor que ni se pierde ni permite que el lector se pierda en los a veces áridos caminos de la filosofía o en el mero exhibicionismo culturalista. La suya es, ante todo, una obra *literaria*, una obra que me permito definir como a la propia poesía, es decir, hecha de imagen y lenguaje. *Almas rotas* viene a ser una buena prueba de ello gracias a la admirable traducción realizada por Mario Domínguez Parra. Ese «idioma poético» que es el que caracteriza el estilo de Kazantzakis es con el que también Mario ha traducido este libro, un libro de cuya versión original en griego se ha dicho que desvela ya esos juegos expresivos de experimentación lingüística con el que el novelista cretense quiso renovar el griego normativo, a través del neologismo y la resemantización de los vocablos, y logrando con ello un tejido escritural cargado de connotaciones novedosas. Son numerosísimos los ejemplos que ilustran esto que acabo de comentar. Nos encontramos ante un texto muy lírico, sin degenerar en el empalago que caracteriza lo peor de la prosa poética. A menudo he creído encontrarme versos descolgados de algún poema: «La Muerte es un hermoso valiente sobre un corcel negro»; «Su corazón (...) tenía extendidas las velas y navegaba»; «El atardecer goteaba sobre las casas de enfrente (...). Lamía los grandes muros»; «Se estaba muriendo sin ruido, sin ruido, como un crepúscu-

lo». Otros hallazgos me han llevado hasta una suerte de pensamientos cercanos al aforismo, y que no pierden esa naturaleza lírica de la que hablamos: «Hay caricias tan delicadas que no aguantan bajo la luz»; «Hay palabras que alguien solo puede decir por la tarde y frente al mar»; «Ser felices (...). Tanto como pueden serlo las personas infelices». Esta *poetización* de la palabra se aprecia en recurrencias estéticas tales como metáforas, sinestesias, hipérboles, oxímoron e incluso en una excesiva complacencia en los diminutivos. Es todo un hilvanado de liricidad que ya se nos deja ver en las primeras líneas con las que se abre la novela: «Un sol enfermo, feo, sin rayos y sin calor, apesadumbrado entre humos y calígne, opacorría también aquel día sobre París». No, no es un raro espécimen de errata este que acaban ustedes de leer: opacorría. Es uno de los aproximadamente cuatrocientos neologismos que Mario Domínguez Parra ha elaborado a partir de los del texto de salida. No en vano, además de otros paratextos relacionados con el escritor y su obra, se incluye al final del libro un amplísimo catálogo de estos neologismos por orden alfabético con el que el traductor justifica la creación de los vocablos. Me van a permitir que cite algunos de los que me han parecido verdaderamente hermosos y que dejan constancia del meritorio trabajo llevado a cabo por Mario: *bocarmesí*, *tacinocturna*, *gentinundadas*, *lobredialogó*, *dulcibesó*, *candiluminó*, *lacrinmense* y un larguísimo etcétera. No cabe duda de que este tipo de texto se presenta ante cualquier traductor noblemente ambicioso como un reto mayúsculo. Es por

esto que se me antoja pensar que Nikos Kazantzakis elogiaría el esmerado afán con que Mario se ha entregado a su labor. No se podrá decir de él, de Mario, que es un *traditore*, sino —como Umberto Eco reconocía— *un artesano de la palabra*, que ha echado mano de la rica flexibilidad de la lengua española para dar forma a aquellos vocablos y fraseologismos ideados por Kazantzakis, y para hacernos llegar a los lectores los sentidos y los matices con que significan sus palabras. Supongo que habrá tenido que sortear además las complicaciones que ya de por sí pudiera representar la transliteración de la lengua griega. La traducción de un libro —y en este caso, del libro de uno de los literatos más importantes de siglo XX— requiere también de una poiesis y de una sensibilidad aguda para trabajar con el lenguaje, el lenguaje concebido como materia prima del texto literario. Supone asimilar y recrear, en la medida de lo posible, los rasgos de estilo y las técnicas, en este caso, narrativas, del escritor al que se traduce. No digo nada nuevo, por tanto, si reconocemos aquí, tomando como ejemplo la labor de Mario, que una traducción es una *creación literaria*, que parte de una lectura previa: la lectura intensa y minuciosa y crítica que ha realizado Mario Domínguez Parra para hacer posible la interpretación de todos los elementos que argamasan el texto de origen en su totalidad. Permítanme reproducir un último fragmento que sirve no solo para dar muestra de la prosa maestra de Kazantzakis sino también de la audacia de quien intercede para que la forma y el fondo de esa prosa nos alcance a tra-

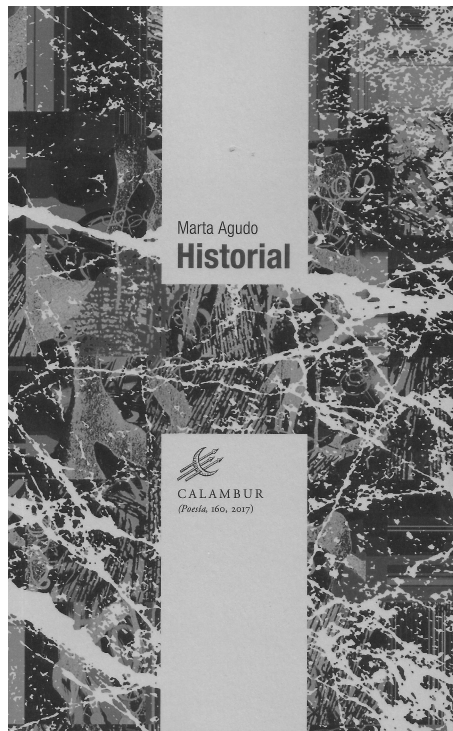
vés del arte de la traducción: «La luna, aquella noche ensangrentada, como si viniese de alguna matanza, saltaba entre las nubes. A veces se perdía. Luego aparecía y corría de nuevo desesperada, desaforada. Los árboles de las calles gemían como si alguna mano tirase de sus pelos y se dolieran por ello. El aire bramaba y se lanzaba contra las ventanas cerradas, gritando para que le abrieran».

Quiero finalizar confesando que yo no he leído *Almas rotas* en su versión original, pero de algo estoy segura: si el lenguaje es en realidad, como así lo

pienso, el espacio, el tiempo y la única realidad que da sentido a un buen texto literario, entonces la traducción al español de esta novela que nos llega de la mano de Mario Domínguez PARRA, logra aquello que Roland Barthes consideraba la máxima aspiración tanto de la escritura como de la lectura de una obra: convertirla, no en una mera y vulgar pieza de consumo —que es lo habitual— sino en un exquisito objeto de placer. Espero que Mario tenga muchísimo éxito con este libro de Nikos KAZANTZAKIS que, sin lugar a dudas, es también su libro.

Marta Agudo

HISTORIAL



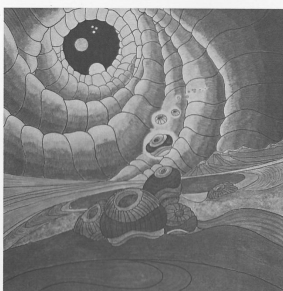
Tercera planta. Allí, como Orfeo buscando a Eurídice, se abren las puertas de la «Unidad de ictus», El ictus o aprender que nadie se mueve por imperativo legal, sino que doscientos millones de células cuando el festín de la salud. Se oye el grito del que no... La mujer madura limpia a su marido la saliva que no traga o baberos para cubrir la incertidumbre de hasta cuándo podrá aguantar. El ictus o miembros que ya no, cenizas derretidas, quizás mano rehabilitada para acariciar ese nuevo micromundo de sábanas recientes, perfume abierto, deportivas nuevas como ironía. Y «por favor, no os olvidéis de mí»... Tirar la piedra y tender la mano... Tirar la piedra...

(Marta Agudo, *Historial*.
Calambur 2017)

Evelyn de Lezcano

LA CALIGRAFÍA DE LOS ISÓPODOS

Evelyn De Lezcano
La caligrafía de los isópodos



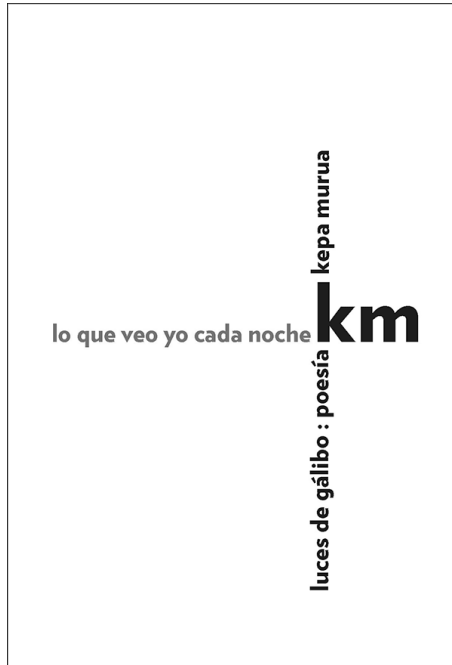
HUERGA & FIERRO editores/ Poesía

Tendríamos que llegar a un pacto como los que firman
las señoras de la guerra
y deponer las armas.
Trazaremos una demarcación,
un territorio donde a estos pies se les permita pisar
el después del conflicto. Acepto que en el reparto se me otorguen
las aguas más oscuras del océano,
el débil eco en el precipicio de la sima,
el territorio donde nadie pernocta.
Tuyos, los peces de la salvación,
las palpitantes frutas que se funden en la lengua,
la cálida marea donde los niños nadan
y lo que desees, todo lo que desees.
Sólo pido, a cambio, que me confieras
contemplar el silencio del coral desde la misma hondura en que se enraíza,
tumbarme entre las ortigas que hieren los pies del caminante,
retornar al silencio en el olvido y su fuga,
abrir los ojos en la caverna hasta que encuentre lo que no es ni luz ni
sombra,
sólo un simple claro obviado en los mapas.
Permíteme, aunque cueste añadir una adenda al armisticio,
permíteme no ser.

(Evelyn de Lezcano, *La caligrafía de los isópodos*.
Huerga y fierro 2017)

Kepa Murua

LO QUE VEO YO CADA NOCHE



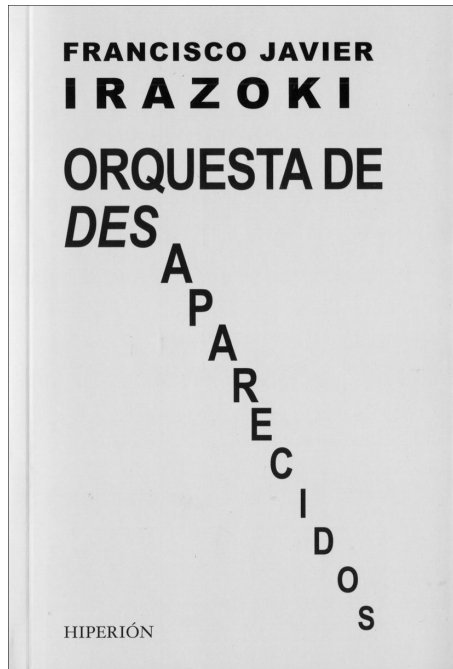
La búsqueda incesante nos traiciona.
No lo sabemos pero nos traiciona.
Nos hace gritar nuestro nombre
a los cuatro vientos
pero en el eco difuso del paisaje
todo se calla y adormece.
Todo se calla
porque el mundo se para
tras una pregunta
solitaria y extraña.
¿Somos hombres
o somos miseria y hambre?
¿Mujeres o alimento
desperdigado en la faz de la tierra?
La búsqueda no es definitiva
pero nos confunde
y nos enreda
porque nos deslumbra
con sus luces de colores
y los susurros de alegría
cuando en verdad
son de pena.
Somos lo que tenemos en la boca.
Lo que vemos con los ojos
mientras respiramos de nuevo
y perseguimos sin remedio
aquello que pensando que nos toca
la vida nos roba
a medida que crecemos.
Y así nos hacemos viejos
hasta sufrir la derrota
que lleva implícita esa búsqueda
donde nos encontramos
cansados y agotados

esperando que la muerte
no sea un pozo sin fondo
y que la vida sea
un último sorbo de esa sed
—aunque sin agua—
infinita para nosotros.

(Kepa Murua, *Lo que veo yo cada noche*.
Luces de Gálibo 2017)

Francisco Javier Irazoki

ORQUESTA DE DESAPARECIDOS



ORACIÓN LAICA

Sin templo ni dogmas, sin rito ni devociones, he desocupado un paraje mental.

Lo ocupará una piedad sin recompensas.

Piedad por los que únicamente conocen las libertades del silencio.

Piedad por quien ha crecido alimentado por los abandonos.

Piedad por los que al abrazarse aprietan una escalera solitaria en el cuerpo de la persona amada.

Piedad por los hombres que regresan a la infancia y aprenden más dolor en los hospitales.

Piedad por el apedreado en el callejón oscuro de las razas.

Piedad por nuestros habitantes perdidos en la sima de un pensamiento. De noche los encontramos mientras suben una montaña. Caminan con la energía de los antiguos esclavos.

Piedad por los que duermen o se despiertan sin cubrirse con los apellidos de una patria.

Piedad por quien llega solo y sin equipaje a los tribunales de su conciencia.

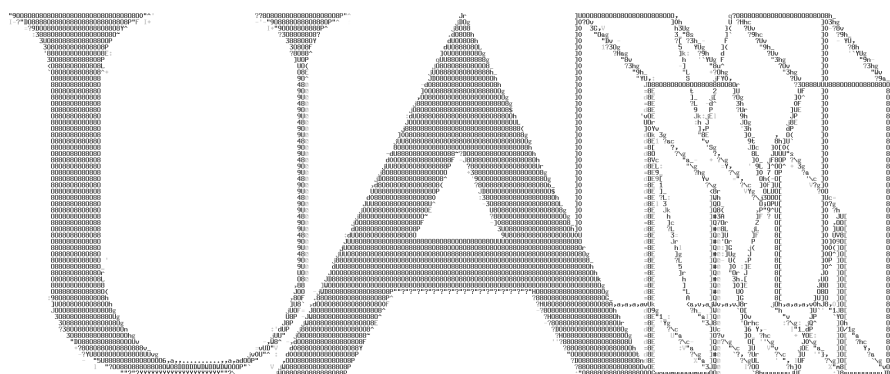
Piedad por los que desean a hombres y mujeres cercados en la niebla de un despenadero.

Piedad por quienes con su amor disidente golpean los muros de la moral.

Piedad por los que sobreviven escondidos en una creencia.

(Francisco Javier Irazoki,
Orquesta de desaparecidos.
Hiperión 2015)

TEXTOS GANADORES
EN EL CONCURSO DE MICRORELATOS
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID (2017)



El Concurso de Microrrelatos de la Universidad Autónoma de Madrid, en el que colabora desde 2015 el Taller de Escritura Creativa «Clara Obligado», surgió en 2004 para fomentar y premiar la creatividad literaria de los distintos miembros de la comunidad universitaria y ofrece cada año una función dramatizada de los relatos finalistas por actores profesionales. Estas características lo han convertido en un concurso pionero en el ámbito académico y en nuestro panorama cultural. De entre los más de 120 relatos presentados en la edición de 2016 los actores Jorge Amich y Lourdes García representaron 30 el pasado 20 de enero en La Corrala de la UAM (Madrid). Ofrecemos aquí los textos ganadores.

CARMEN GONZÁLEZ VÁZQUEZ
(organizadora del concurso)

Yolanda Mayordomo Pérez

UNA FAMILIA DE VERDAD

Fui todos los días durante diez. Mi madre se había encerrado en casa, «no quiero ni verte», por algo que hice o dejé de hacer. El mejor castigo que encontró a sus ochenta años fue la angustia del «¿estará bien?» o del «¿no le habrá pasado algo?». Yo llamaba al timbre, aporreaba la puerta con los nudillos y luego le dejaba en el pomo una bolsa con el pan y el periódico.

Me tuve que ir de viaje y contraté a un chino para que le llevara la comida todos los días. Le pedí también que le diera algo de conversación a través de la puerta. Me preocupaba que se aburriera y le diera por pensar otro castigo peor. Además, me gusta hacer las cosas bien, pienso en todo.

De vuelta del viaje, en la puerta de mi madre había un gatito dorado que movía una pata a ritmo acompasado. Llamé y me abrió una mujer, china, claro, que me invitó a entrar. Encontré a mi madre presidiendo una mesa alargada a la que se sentaban unas dos familias chinas. Hablaba en perfecto mandarín, o al menos en algo que el resto entendía, y se les veía a todos contentos, una gran familia. No me gusta ser un aguafiestas y pensé en lo molesto que le resultaría a mi madre empezar con presentaciones; así que, antes de que me viera, me marché. Eso sí, me metí el gatito dorado en el bolsillo de la chaqueta, me gustan los recuerdos familiares.

Andrea Toribio Álvarez

LA HORA DEL LAGARTO

Mi abuela no pasó hambre durante la guerra. Estuvo en un colegio de monjas en Segovia. Comía tres veces al día y rezaba. Rezaba mucho. Me la imagino junto a otras niñas paseando por los jardines de un claustro imaginado. Riéndose. Cosiendo. Haciendo poco ruido mientras fuera, el desastre, es decir, todo lo demás. Personas sin nombre por todas partes. También la veo recibiendo paquetes repletos de cariño y dispersión: comida y letra escrita. Ahí está, sentada sobre un banco de piedras, mareando los pies que no tocan el suelo. Lee y come y no piensa. Mancha el papel con sus manos dulces. Pero no la juzgo. Todo sucede al mismo tiempo, sobre la felicidad de una ínsula que no existe, porque no se puede tocar. El centro repercute sobre el mismo centro y chocan las piernas de una niña contra una falda larga de tablas. Detrás, el grácil bailoteo de un rosario, el hábito cegado por la luz.

—Mamá, tú nunca pasaste hambre —le dice mi madre mientras le termina de servir las lentejas.

—¡Me lo vas a decir a mí! —resopla indignada agitando el pastillero en el aire.

No sé si subir el volumen de la televisión. Decido cambiar de canal mejor.

—Sí, a ti: nunca pasaste hambre solo que ya no te acuerdas —le dice.

Me vuelvo despacio sobre mí misma, tomo el mando con la mano izquierda y, sin dejar de mirar la televisión, le digo a mi hermano: —Hay que saber cagarse en los vivos para poder rezar a los muertos. Mi padre se levanta de la mesa, ha terminado de comer. Ya no ponen el pronóstico del tiempo hasta las tres y veinte.

Blanca Izquierdo

DIME PAXARÍN PARLERU

Maruxina y el borriquillo salieron al alba, hacia las brañas altas. Iban a avituallar a los maquis de su aldea, escondidos en la montaña. No había peligro de que les siguieran, pues el día anterior el grueso de la guardia se había retirado al valle vecino, dejando sólo un pequeño retén que no se movería.

Llegada al arroyo de Las Xanas, entre los robles, la joven dio la señal cantando: «Dime paxarín parleru, dime que comes, como arenines del mar, del campu flores.» Los hombres esperaron la continuación. De haber peligro, Maruxina hubiera cantado: «Tienes unos güeyos neña, y unes pestañes y una llingüina parlera con que me engañes.» Pero cantó la señal de campo libre: «Dicen que murió el raposu, quien lo dixera, que asesinó les flores e las ovexas...» Entonces una decena de hombres saltó de entre las peñas, fusil en mano, y bajó ágilmente hacia el camino, envuelto en niebla. El primero en llegar fue Pachín. Se sonrojó ante la joven. Detrás, el de Murias, el jefe, al que Maruxina entregó la comida y unas letras escondidas en la saya. A Pachín le dio un jersey —Te fixilo yo. —El de Murias dio la orden de marcha. Cuando ya ascendían, Pachín retornó en rápidos saltos. —Si tenemos que dir a Francia pelos montes, ¿vas venir connmigo? —La niña clavó en él sus profundos ojos azules y musitó apenas —Ve a buscame. Tirame piedras al ventanuco. —Al muchacho se le hinchó el pecho. Corrió a reunirse con los hombres.

El sol se abrió paso entre la niebla. La montaña acogió a sus hijos, un día más.

Helena González Vaquerizo

SECRETOS ENCANTOS

Mar Mediterráneo, siglo XIII a.C.:

—Compañeras, se acerca un barco... ¿no oís las salomas de los marineros? Hombres rudos de fuertes brazos, ignorantes del peligro que les acecha... ¡Preparaos vosotras para entonar la melodía que acalle sus roncacas voces!

Mientras tanto a bordo:

—Compañeros, llegó la hora. Os quiero a todos con las bocas cerradas y los oídos bien tapados. Pase lo que pase, no abandonéis vuestros puestos y ¡no oséis desatarme! Yo, amarrado al mástil de esta nave con la maroma más recia habré de permanecer y resistir heroicamente. ¡Naveguemos, compañeros, hacia la gloria de esta nueva hazaña!

En silencio el bajel se aproxima al lugar donde las Sirenas aguardan su presa. Los remos apenas si golpean el agua. Ulises aguza el oído... Nada. Los destellos de la luna en el mar confunden su mirada; cree distinguir entre las olas extrañas formas –de peces, de aves, de mujeres– y el brillo de atentas miradas. Pero no hay sonido. Las Sirenas, prudentes y astutas, callan sus lenguas... Ulises, inmóvil, no puede creerlo. Las interpela a gritos “¡Cantad, malditas!”. Pero todo cuanto obtiene de ellas es silencio.

Al rayar el alba:

—Capitán, ¡habla! dínos cómo era la voz de las Sirenas, qué secretos encantos te desvelaron...

Y el muy elocuente Ulises contesta:

—Amigos, para describir su canto no se inventaron aún las palabras...

Gemma López Canicio

EL VUELO

«Deja de llorar y aclárate: no se puede querer vivir en el cielo y tener miedo a las alturas». Curioso consejo de un padre sin vértigo que siempre quiso ser piloto y que pasa las tardes de domingo encolando las alas de las maquetas que adornan su despacho de notario.



Este séptimo número de CUADERNO ÁTICO
ha sido compuesto
en X_YTeX
sobre un sistema Arch Linux
con tipografías Sabon, Optima y Gill Sans
entre la primavera y el verano de 2017

